



EL DELFIN Y SIMON EL ZAPATERO.

los tiempos presentes, pues ocurren tales cambios que apenas hay de qué admirarse uno. Pues me sorprende de que el ciudadano Naudin se aventure a salir del hospital en semejante traje. Es el mismo que llevaban los traidores y aristócratas del tiempo de la monarquía. Cualquiera otro que osara ponérselo, pararía en la guillotina, y sin embargo, el ciudadano Naudin se aventura a venir hasta aquí.....

—Aventurarme? repitió el anciano encogiéndose de hombros. Yo nada aventuro, ciudadano. Visto la ropa que he acostumbrado a vestir desde mi juventud. Me venía bien bajo la monarquía, lo mismo me viene bajo la república, y no soy tan necio que dé de manos a la ropa de seda y cómoda que he usado toda mi vida, para vestir la burda y molesta que lleváis vosotros ahora. Ya soy demasiado viejo para entrar en vuestras modas, casacas de cola de golondrina y botas hasta las rodillas.

—Ciudadano doctor, gritó Simon riendo, vos sois un buen sugeto y yo lo quiero mucho; no le censuro que vista el traje de los tiempos de la maldecida monarquía; pero me sorprende que os permitan y que por ese capricho ya no le hayan rebajado la cabeza.

—Es que el hospital es un manto sagrado que me cubre. Allí no se podría hacer nada sin cabeza. Ahora bien, yo soy la cabeza del establecimiento, y como a pesar de mi traje los enfermos se curan, los héroes de la revolución se hacen de la vista gorda y me dejan hacer lo que me place, porque saben perfectamente que bajo la ropa de seda de un aristócrata, late el corazón de un verdadero demócrata. Pero esta no es la cuestión, ciudadano, la cuestión es la salud de vuestra esposa. Está enferma, tiene fiebre, y se pondrá peor si no le proporcionamos inmediatamente un calmante.

—Bueno, ciudadano; cure a mi Juana María ó pierdo el seso en esta maldita casa. La causa de su mal yo sé cual es. Ella no está acostumbrada a la vida que llevamos aquí. Vivimos, como las bestias feroces, en una verdadera jaula. La ociosidad y la falta de ejercicio y de aire libre, son capaces de volver loco a cualquiera.

—Y ¿por qué no hace ella ejercicio y se ocupa de algo? Por qué no sale a la calle y toma el fresco?

—Claro, porque no puede; contestó Simon con calor. ¿No veis que se lo impide el cuidado de ese maldecido reptil? Miradle ahí el infernal lobezno. El tiene la culpa de que yo no salga a la calle, y no pueda visitar los clubs, y la convención, y las reuniones. Fuerza es que me esté aquí como un recoleto ó un criminal encarcelado. El tiene la culpa de que mi mujer no vaya a ver las ejecuciones en la plaza de la Revolución.

—Sí, exclamó esta gimiendo, ese sinvergüenza tiene la culpa de todo. Me ha mortificado, me ha irritado, me ha cambiado en otra mujer distinta. Ah! ah! me mira otra vez, sus ojos me abrazan el corazón!

—Miserable reptil! exclamó Simon corriendo al muchacho con el puño levantado. ¿Cómo te atreves a mirarla con tus odiosos ojos, cuando se te ha prohibido? Toma, para que aprendas a obedecer.

Y le pegó un puñetazo con todas sus fuer-

zas. Iba a pegarle el segundo y quizás a matar al muchacho cuando el doctor Naudin le contuvo el brazo y lleno de indignación le gritó:

—¿Qué haceis, majadero?

Ante la mirada colérica del doctor se humillaron los ojos de Simon. Rióse y dijo del mejor humor imaginable:

—Vaya, ciudadano Naudin que sois mozo singular. Habeis hecho conmigo precisamente lo que se hace en el teatro y habeis dicho lo que se dice a los asesinos en los dramas. ¿Por qué haceis tanta alharaca cuando solo se trataba de aplicar a este lobezno parte del castigo que se tiene merecido?

—Cierto, contestó el médico, confieso que anduve un sí es no es arrebatado. Pero esto procedió de que os creía tan buen republicano como hombre bondadoso, y sentí que hicierais cosa que no sentaba al republicano ni al hombre bueno.

—¿Pues qué he hecho de malo? preguntó Simon asombrado.

—Mirad a ese pobre, estropeado y embrutecido muchacho! dijo Naudin con solemnidad señalando para Luis que se hallaba en la silla lloroso y temblando de pies a cabeza. Miradle y no me preguntéis qué habeis hecho indigno del verdadero republicano.

—Ya, es que no merece otra cosa el hijo de la loba.

—El hijo de la loba es un ser humano, es mas, un muchacho indefenso, que la república, despues de privarle de sus padres, os entregó para que lo educarais como hijo vuestro. Os pregunto, ciudadano, ¿le habrais pegado a vuestro hijo como le pegasteis a ese muchacho?

Un sollozo alto y convulsivo que salió del pecho donde yacia la mujer de Simon, del todo confundió y alteró a este.

—No, dijo, quizas yo no le habria pegado así a mi hijo. Pero, continuó con vivacidad, un chico mio, no me hubiera molido é irritado como lo ha hecho este perdulario. De la mañana a la noche me tiene quemada la sangre, porque no hace jamas lo que quiero que haga. Si le mando cantar, se está quieto y azurronado, y cuando debe guardar silencio hace ruido. ¿Creereis, ciudadano, que este mosquito no me deja dormir siquiera? La otra noche, nada menos se arrojó en la cama y se puso a rezar en alta voz, para despertarnos.

—Desde esa noche, agregó Juana María, estoy enferma, desde esa noche no he podido dormir.

—Ya lo ois, ciudadano. Tanto se asustó mi mujer, que se enfermó. Vais a tener ahora una prueba de la desobediencia de este diablito. Acercóse despacio y con la cabeza doblada sobre el pecho.

—Vamos a cantar, Capeto, añadió Simon. Vas a mostrarle al doctor que eres un buen republicano y que has olvidado del todo que eres hijo de la Austriaca, la bribona de madama Veto. Cantemos su cancion. Pronto, prontito, ó te hago un sebo. La cancion de madama Veto. ¿Lo oyes? Pues principia.

Siguióse una corta pausa. El muchacho levantó el rostro hinchado y fijó los ojos en el zapatero con expresion de desden é ira.

—Ciudadano, le dijo en voz clara y tono re-

suelto, no canto la canción de madama Veto porque no he olvidado á mi querida mamá. Nada cantaré malo contra ella. Yo la amo tanto, tanto. . .

Las lágrimas ahogaron la voz del muchacho. Dobló la cabeza y esperó en paciencia el castigo con que le habían amenazado; pero ántes que el puño de Simon, ya levantado, descargase el golpe, un grito de agonía que partió de la cama de la enferma, le hizo volver el rostro.

—Simon, corre, dijo Juana María. Ayúdame á sacar la daga del corazón. Me muero! Ay! me muero.

—¿De qué daga de los diablos hablas, mujer? preguntó el zapatero acadiendo presuroso.

—Chiton! dijo el doctor, que también había oído el grito de agonía y acudido de carrera. Ella delira. La daga de que habla es el remordimiento de su conciencia agitada. Ciudadano, si no quieres que muera es preciso que dejes ir y venir á vuestra esposa. Silencio y tranquilidad requiere, sobre todo. Le prescribiré un calmante y mañana volveré á ver cómo sigue. Pero, Simon, quietud, sosiego, es lo que se requiere ante todo en las enfermedades nerviosas.

—¿Quién me diría dos semanas há que mi Juana María tenía nervios? Lo hubiera mandado á pasear. Ved, la primer calcetera de Robespierre, venimos ahora con nervios y lágrimas! No me queda que ver. La cuidaremos. Porque, qué sería de mí si tuviera que habérmelas sólo con este chico de satanás? Me ahorraría, me volvería loco. Capeto, á tu cuarto, márchate! Y no te atreveses en mi camino porque soy capaz de ahogarte como un pollo.

El muchacho, mas que de prisa, se volvió á su cuarto y se sentó en el suelo, cruzó las manos y fijó los grandes ojos azules en el cielo raso, recogiendo cuanto podía el resuello para oír mejor. No tardó en oír en el piso de arriba pasos acompasados, como de persona que se paseaba.

—Esa es mamá, se dijo él entre sí con sonrisa. Esa es mamá que se pasea en su salita, porque no la dejan pasearse en la azotea. Ay! mamá, querida mamá! Quién te viera!

Y besándose la mano derecha hizo ademán de lanzar al cielo raso esa expresión de su cariño á la que ya hacia tiempo que reposaba en el sepulcro, sin reparar que con la misma mano con que ahora le enviaba besos, firmó el papel que sirvió para infamar á la mas tierna de las madres.

Aun el frío Simon no había tenido valor de descubrir á Luis Carlos la terrible verdad respecto de su desventurada madre, ni el mal que le había ocasionado sin saberlo. Separado pues de ella, ignorante de su trágico fin, allí se pasaba las horas enteras, sentado y soñando despierto, aunque con los ojos cerrados, en cosas pasadas y en un porvenir distinto en todas sus partes del que le pintaba la exaltada fantasía.

En sus extraños ensueños no entraban por poco las escenas de que se veía rodeado y la suerte de vida que llevaba, así soñó hasta que la feroz calcetera le abrazó tiernamente, le besó en los ojos, le bañó el rostro con sus lágrimas

y acabó por pedirle perdón de las malas palabras que le había dirigido y de las injurias que le había hecho. Despues de esto la mujer se estremeció toda, soltó al niño y huyó; abrióse una puerta con estrépito y resonó la voz áspera y chillona de Simon.

Estos gritos despertaron á Luis: abrió los ojos y miró en torno: todo no había sido mas que un sueño: no había oído la voz de su madre, ni la de la mujer Simon; á pesar de eso había tenido la apariencia de una realidad. No le cabía duda de que alguien le había abrazado con ternura y bañado la frente con sus lágrimas. Ello, la tenía mojada, lo mismo que las sienas.

—¿Qué significa esto, Juana María? preguntó Simon enojado. Tú te has levantado de la cama. ¿Qué has ido á buscar al cuarto de ese viborezno?

—Si me dejas sola con él, tengo que vigilarle, enferma como estoy. Fui á ver si estaba ahí, ó si se había ido á la Convencion á dar parte de que le dejamos solo.

—Bah! repuso Simon riendo. No haya pena de que él se queje de nosotros. Tranquilízate y estate segura que no volveré á dejarte sola con él. Aquí está la medicina que ha enviado el doctor. Mañana volverá.

Efectivamente al otro día vino el doctor Naudin á visitar la enferma. Acababa Simon de subir al segundo piso para anunciar algo á las princesas de parte de la Convencion y había ordenado al niño esperarse en la sala la venida del médico á fin de abrirle la puerta.

Nadie había allí cuando este entró, y estaba cerrada la puerta que conducía al aposento, de manera que la enferma no podía ver ni oír lo que pasaba en la sala.

—Señor, le dijo el muchacho en voz baja y apresurada, ayer tuvisteis la bondad de protegerme de los golpes y quisiera manifestaros mi agradecimiento.

No contestó el doctor, sino que miró al muchacho con expresión de honda simpatía y enternecimiento, de manera que se sintió animado para continuar diciendo.

—“Mi querido señor, para demostraros mi gratitud no tengo otra cosa que estas dos peras, las cuales me dieron anoche. Espero tengais la amabilidad de aceptarlas, precisamente por el estado de mi pobreza.”

Diciendo lo cual sacó las dos peras del bolsillo de su remendada chaqueta y con tímidez y vergüenza se las alargó al doctor.

Entonces ocurrió algo que si Simon hubiera entrado allí á la sazón, probablemente le habría causado horror. Sucedió, decimos, que el orgulloso y célebre doctor Naudin, director del primer hospital de París, no bien oyó las palabras y vió la acción del pobre harapiento muchacho que solo tenía dos peras para mostrar su gratitud, cayó de rodillas delante de él y le dijo, al tomar el regalo, en voz cortada por el dolor ó la reverencia:

—Yo soy el que debe agradecer este don de mi desventurado rey. Jamas lo he recibido mas grande ni mas precioso y juro ser el servidor constante y leal de V. M.

Sucedió además que el realista doctor comprimió con sus labios la mano que le extendió el regalo y que en ella virtieron dos lágrimas ardientes aquellos ojos acostumbrados al dolor

y á la miseria humanas. Pero precisamente á la sazón se oyeron pasos en el corredor, se levantó el médico á la carrera, ocultó las peras en el bolsillo y pasó al aposento de la enferma, á donde le siguió Simon.

El muchacho había precedido á aquel y meditando en su cuarto, á meditar sobre la ocurrencia con el médico ó á soñar con su madre.

—¿Qué tal va la enferma hoy? dijo el doctor sentándose junto á la cama y contestando al saludo amistoso que le hizo Simon.

—Me siento muy mal, contestó la mujer. Me parece que me arde el corazón y no tengo reposo ni de día ni de noche. Creo que de esta no escapo, doctor, y casi que me alegre, porque así me libraré de este lúgubre calabozo.

—¿Qué os duele? le preguntó el doctor.

—Os dié, ciudadano doctor, dijo Simon impaciente; todo le duele. Esta maldita casa es la causa, y si la cosa sigue así mas tiempo, empaqueto y me marcho. Grande es la honra que nos hizo la Junta al encargarnos del cuidado del chico Capeto; pero esa honra va á acabar con nosotros. El aire de esta prisión, la quietud y la soledad, nos hacen mucho daño. Nosotros estamos acostumbrados á una vida muy diferente. Luego, es cosa terrible estar condenado á no ver mas cara que la estúpida de ese chiquillo. Esa mujer que veis ahí, ciudadano doctor, pálida é inmóvil, era la mas viva, risueña y animosa de todas las calceteras. El mismo Samson ántes de ponerse á cortar cabezas, echaba el ojo á las gradas para ver si estaba en ellas mi mujer y llevaba la cuenta. Ella estaba presente cuando la Austriaca. . .

—¡Calla! le interrumpió la enferma enderezándose en la cama y llevándose el dedo índice á los labios. No hables de eso, que te puede oír el chiquillo y mirarme con sus espantosos ojos. No menciones ese día terrible, porque entonces fué cuando me sentí enferma. Se me figura que tenía veneno el coñac que bebimos esa noche. Sí, sí, tenía veneno. Ese es el fuego que me quema el corazón. ¡Moriré, moriré abrasada!

Se llevó ambas manos á la cara y se dejó caer de espaldas en el lecho sollozando.

—No es eso, ciudadano doctor, no es eso! repitió Simon en baja voz y afligido. La cosa es que aquí llevamos vida de reyes y de aristócratas, es decir, que no trabajamos, ni nos ocupamos en nada, que siempre tenemos la sangre quemada, y que nos va á llevar patetas.

—Pero si conocéis esto, ciudadano; por qué no haceis dimisión? Había mas que presentar un memorial á la Junta rogándole os relevara del encargo.

—Dos veces he hecho eso que decís, repuso Simon dando tan fuerte puñetazo en la mesa cerca de la cama, que la botella de medicina que había en ella pegó una voltereta en el aire. Si, por dos veces he pedido se me releve de este encargo, y se me dé otra ocupación, y en ambos se me ha dicho que la patria me ordena permanecer firme en mi puesto y que no hay otro que lo ocupe.

—¡Honrosa y halagüeña señal de distinción! observó el médico.

—Sí, mas pesada y desagradable, agregó Simon. ¿Somos otra cosa que prisioneros nosotros que ocupamos este honroso y distinguido puesto? Nosotros no podemos salir del Tem-

ple, como Capeto, porque desde que murió su padre, y los necios legitimistas han dado en la tema de llamarle el rey Luis XVII, la Junta y la Convencion, y los Clubs y el demonio coronado, no saben donde tenerle seguro. Por donde quiera ven intrigas y conspiraciones para arrebatar el chico ese. Así tenemos que vigilarle noche y día, y no podemos salir del Temple, no sea que nos sobornen los legitimistas y los conspiradores. ¿Creeréis, ciudadano doctor, que no nos dejaron ir á pasear el día que tomaron á Tolon? Mientras el pueblo celebraba ese acontecimiento con vivas y brindis, nosotros tuvimos que quedarnos aquí y tragar sangre.

—Teneis razon, ciudadano, dijo el médico pensativo. El encierro es la causa primordial de la enfermedad de vuestra esposa.

—Yo lo he dicho, agregó esta gimiendo; pero no se me hace caso. Luego sentándose en la cama, se volvió para su marido y en tono de mando, añadió:—Simon, el doctor va á saber todo cuanto sufro. Tiene que examinarme el pecho, el sitio donde siento mas pena; pero en presencia tuya. . .

—Bien, bien, me iré, si eso quieres decir: rezongó Simon. No me parece, sin embargo, decente. . .

—No veo nada que desdiga de una mujer respetable y honrada, dijo el doctor á la sazón con gravedad. ¿Cómo ha de recetarse si no se examina la parte adolorida? Si el enfermo no explica los síntomas de su mal? Id, id, ciudadano Simon, que no perderá nada vuestra esposa por confiar sus cuitas y sus dolores á su médico.

En prueba de que no tenía curiosidad de saber lo que su esposa queria comunicar en secreto al médico, dijo Simon que se iria á la azotea con el chico. Pero como ella le replicase llorando que si le pegaba oiria los golpes y estos resonarian en su cerebro como otros tantos martillazos, concluyendo por quitarle el juicio; él la prometió formalmente que no le levantaria la mano ántes le dejaria jugar á la pelota y no le haria caso ninguno.

—Ya estamos solos, dijo el doctor Naudin luego que salieron el niño y Simon, cerrando este la puerta estrepitosamente. Sed franca, No me ocultéis nada.

—¡Ah! doctor, no me atrevo; contestó ella en voz baja. Me domina un temor espantoso. Se me figura además, que vais á hacerme traición y que seréis la causa de que mi marido y yo perdamos la cabeza. . .

—No tiene fundamento vuestro temor, repuso el médico con solemnidad. A la cabecera del enfermo, el médico es como el padre: los secretos que le comunican los pacientes, sean de la clase que sean, jamas salen de sus labios. Pero á fin de animaros, voy á daros una prueba de la confianza que hago de vos, mostrándoos que os comprendo. Os diré cuál es la enfermedad que padecéis y donde tiene su asiento. Juana María Simon, vos padecéis penas con las cuales las del cuerpo no son comparables. Vuestra enfermedad está en la conciencia y se llama remordimiento y desesperación.

La mujer dió un grito penetrante, saltó de la cama como un tigre, agarró al médico por el brazo y le dijo:

—¡Mentis! Esa es una calumnia, qu: se os

ha ocurrido solo para que caiga mi cabeza bajo el hacha. No me arrepiento de nada, mi conciencia está tranquila.

—Con todo eso, replicó el doctor lleno de calma y mirando con aire compasivo el rostro pálido y convulso de la pobre mujer. No os enojeis. Oídmelo tranquila. No tenemos mas que una hora de soledad y debemos emplearla útilmente. Hablemos despacio y tranquilos. Lo que tenemos que comunicarnos no deben oírlo ni las paredes.

En efecto, no había bajado Simon con el muchacho de la azotea, cuando el doctor Naudin concluyó su larga y vehemente conversacion con la enferma, y al despedirse de ella, que yacía tranquila en la cama, le dijo:

—Sabéis ya todo lo que teneis que hacer. Podeis contar conmigo, como yo cuento con vos, y seguiremos adelante con valor y animacion. La obra que emprendemos es noble. Si salimos bien de ella, quitareis una losa de vuestro corazon y Dios perdonará vuestros pecados, porque dos mártires rogarán por vos ante su excelso trono. Haced todo exactamente como os he encargado y hablad con vuestro marido esta noche. No ántes, á fin de estar segura y que no le haga traicion el primer susto.

—Lo haré todo tal como me lo encarga el doctor; contestó la mujer humillada y cambiada. Ahora que he desahogado mi corazon, me parece que ya estoy buena, que nada me duele. Si recobro la salud, sin duda que lo deberé al buen doctor. ¿Volveréis mañana?

—No, enviaré un hombre que entienda mejor que yo el manejo de estas cosas y en quien tengo entera confianza. Se anunciará como ayudante mio y con él podeis tener la misma franqueza que conmigo. Chiton. Ahí viene Simon. Pasadlo bien.

Saludó y fuese. En el corredor encontró al marido de la enferma en compañía del callado pupilo.

—¿Qué tal nuestra paciente? preguntó Simon. Os ha confiado todos sus secretos? Si no fueseis viejo ya tendria yo motivo de estar celoso.

—Seriais un necio si tuvieseis celos de mí. Pero no, siempre os he tenido por hombre prudente y bueno. Por lo que corresponde á vuestra esposa, tengo algo serio que manifestaros y espero, ciudadano Simon, que retendreis mis palabras. Sacadla de aquí cuanto ántes ó pierde la razon ó la vida. Lo mismo digo á vos si no salís de esta maldecida prision y dais de mano al encargo de la Junta revolucionaria, perdeis la razon ó la vida. Mejor dicho, no os volvereis loco, pero la melancolía y la falta de aire libre y de ejercicio, os producirán una consuncion que acabe con vos dentro de poco tiempo.

—¿La consuncion! repitió el zapatero horrorizado. ¿Creeis, doctor, que estoy atacado?...

—Lo creo firmemente, repuso el doctor gravemente. Son sintomas alarmantes las chapas de las mejillas y el dolor que á veces sentís en el pecho. Aun hay tiempo de contener el progreso del mal si dentro de una semana á lo mas desocupais el puesto.

Fuese con eso el doctor y Simon desazonado y nervioso entró en su cuarto, resuelto á dar

su dimision é huir del Temple ántes que fuese demasiado tarde.

Mientras pasaba esto por el ánimo apocado de Simon el médico salió del lúgubre edificio, entró en la calle, y con el corazon ligero y breves pasos siguió al hospital de Caridad. El portero le dijo que el mismo caballero anciano que había venido á consultarle el dia anterior, había vuelto durante su ausencia y le esperaba en la antesala.

Saludó el doctor Naudin y siguió adelante. A la puerta se hallaba su criado, el ciudadano Joly.

—Ahí está por segunda vez el anciano doctor Saunier; le dijo á su amo quitándole la capa. Ha insistido en esperar por el ciudadano doctor Naudin. Ha dicho que tenia que consultarle sobre un paciente y que no se iria sin él; porque el caso parece desesperado y se cree que el gran médico Naudin es el único que puede salvarle.

—Sois un asno, ciudadano Joly, si le habeis permitido decir semejantes disparates; observó Naudin riendo y entrando de seguida en la sala.

Salió á su encuentro un caballero en traje igual al suyo, y el ciudadano Joly, al cerrar la puerta le oyó exclamar:—Gracias á Dios que os encuentro, ciudadano. Os he esperado impaciente y ahora os conjuro me acompañeis á casa de mi enfermo.

El doctor Naudin, abriendo la puerta de su gabinete, dijo en contestacion:—Entrad, ciudadano Saunier, y dígame primero qué le duele á vuestro enfermo.

Nada mas pudo oír el curioso Joly, porque los dos doctores se metieron en el gabinete y cerraron la puerta tras sí. A poco, sin embargo, volvió á abrirse y el doctor Naudin ordenó á su criado fuese por una calesa, la cual venida se llevó al galope á ambos Galenos.

Paró el carruaje en una casa de la calle de Montmartre. El portero abrió el pequeño y polvoroso ventanillo del zaguán y saludó con la cabeza á Saunier, y le preguntó en baja voz:

—¿Es ese el célebre doctor Naudin, director del hospital?

—El mismo que viste y calza, contestó el preguntado. Si alguno puede salvar á nuestro paciente, es él. ¿Está en casa el ciudadano Orage?

—Sí, señor. El no abandona nunca al muchacho. Arriba está. Sabéis el camino, ciudadano doctor.

Pasaron adelante los dos médicos, subieron la escalera y entraron en una crujía de cuartos cuya puerta principal quizas de propósito se había dejado entreabierta. Nadie se presentó á recibirlos, sino que cerraron cuidadosamente con cerrojo la puerta tras ellos, y á pasos precipitados siguieron á la otra. Esta segunda estaba cerrada.

El doctor Saunier tocó á ella suavemente tres veces, á cortos intervalos y otras tantas gritó:—Los dos médicos vienen á ver al enfermo.

Oyóse correr un cerrojo por dentro y abierta la puerta se presentó un caballero alto, que con una seña dijo á los recién venidos que pasaran adelante.

—¿Estamos solos? preguntó luego el doctor Saunier.

—Enteramente solos, contestó el caballero alto. En la alcoba yace el pobre muchacho enfermo. Es incapaz de hacer traicion á nadie ni de saber nada de lo que pasa en torno suyo.

—Sí, por desgracia, eso es así, dijo el doctor tristemente. Os prometí traerlos el médico mas hábil de París. Cumplo mi palabra, aquí teneis al doctor Naudin director del hospital de Caridad, el amigo y fiel servidor de la familia real, á quien hemos jurado fidelidad hasta la muerte. No os he dicho, doctor Naudin, el nombre de la persona á cuya casa os traia, porque es un secreto que espero ella misma os revele.

—Con gusto lo revelo, dijo el otro sonriendo. Doctor Naudin, soy el marqués Jarjayes.

—¿Jarjayes, el que formó el plan para la fuga de la familia real del Temple? preguntó Naudin con vivo interes. El marqués Jarjayes que perdió sus bienes en servicio de la reina, arriesgó la vida por libertarla y que escapó de la guillotina solo porque se puso fuera del alcance de Robespierre? Sois pues, el leal y animoso Jarjayes?

—Soy Jarjayes, y os doy las gracias por los elogios que habeis hecho de mí, pero no los acepto todos en presencia de uno que los merece mas que yo. No, no puedo recibir alabanzas delante de Toulan el mas leal, bravo y prudente de todos nosotros. El es el alma de todo. Así lo declaró nuestra mártir reina, dándole el mas honroso de los títulos,—Fiel.

—Sí, teneis razon, dijo el doctor Naudin poniendo la mano en el hombro del doctor Saunier. Por eso no bien vino él á verme hace unos pocos dias y me mostró el frasquito dorado de la reina para probarme que era Toulan, le manifesté que haria cuanto me ordenase, porque son contagiosas su magnanimidad y su lealtad.

—Os ruego, caballeros, dijo Toulan con blandura, no llameis heroismo lo que juzgo natural. Juré fidelidad á María Antonieta y la prometí consagrarle mis pensamientos y mi vida á ella y á su familia. Cumplirle debic mi promesa. Ya ella no existe, justo es que haga por el hijo lo que juré hacer por la madre. Por fortuna, en la empresa de salvar al desgraciado hijo de la reina, no me encuentro solo, tengo la cooperacion de dos hombres nobles. Que Dios favorece nuestros esfuerzos está claro, porque precisamente cuando yo fui á descubrirme al doctor Naudin, llegó á buscarle el portero del Temple para la esposa de Simon.

—Fué en verdad, admirable coincidencia esa, afirmó el director del hospital. No soy hombre sensible, pero cuando ví al hijo de la reina en pesar y humillacion me le arrojé delante y juré en mi alma secundar el plan de Toulan, y hacer cualquier cosa por salvarle de aquel infierno.

—Tambien he jurado yo lo mismo, dijo Jarjayes con entusiasmo. Ha muerto la reina, pero en su hijo el rey Luis XVII renuevo el juramento de fidelidad que hice á ella. Sé que la policia me sigue los pasos, que conoce quien se oculta bajo el nombre de Orage; pero mientras da conmigo y me echa el guante aprovechemos el tiempo. He venido resuelto á librar de sus atormentadores al jóven é infeliz rey y debo declarar á vosotros cuanto pasa. He ga-

nado la ayuda y proteccion de un varon rico y noble, el principe de Condé, fiel servidor del rey difunto. Durante los últimos pocos meses he vivido con él en la Vendée, me ha proporcionado recursos y está dispuesto á favorecer nuestra empresa con todos los medios á su alcance. Si logramos salvar al jóven rey, le llevamos á la Vendée al lado del principe, donde vivirá seguro, rodeado de fieles servidores. La dificultad está en sacar al jóven principe del Temple, ó mas bien dicho la imposibilidad, segun creia yo ha pocos dias, mas ahora que hemos dado con Toulan, desaparece á mis ojos lo imposible y resta solo lo difícil.

—Y estando como estoy seguro de la cooperacion del noble doctor Naudin, dijo Toulan, digo que libraremos al hijo de la reina María Antonieta, nuestro futuro rey Luis XVI. El plan está en mi cabeza. A fin de facilitar su ejecucion, fui hace pocos dias á ver al doctor Naudin en el hospital, para rogarle viniera á visitar al muchacho enfermo del marqués, y como he dicho ántes, llegó en ese momento el recado de Simon del Temple. Ahora bien, como el doctor Naudin ya está aquí es necesario ante todo que nos dé su juicio acerca del paciente. Vamos allá, marqués, porque de la decision de Naudin depende la suerte del jóven rey de Francia.

Hizo una reverencia el marqués y condujo los dos caballeros al próximo cuarto. Allí, reclinado en dobles almohadas, yacía un muchacho de unos diez años de edad, pálido, con las mejillas hundidas, los ojos azules fijos, el cabello corto y rubio, expresion marcada de estupidez ó idiotismo en el semblante. Cuando se presentaron los tres caballeros, fijó en ellos la mirada fria é indiferente. Inmóvil, lívido como la muerte, permaneció en el colchón, y solo se conocia que vivia por la respiracion trabajosa y pesada.

Se inclinó el doctor Naudin sobre el muchacho y le estuvo contemplando largo rato en silencio.

—Este muchacho es sordo como cañon, dijo él al cabo hablando con el marqués.

—Lo acertasteis, doctor, no oye palabra.

—¿Es hijo vuestro?

—No, de mi hermana la baronesa de Tardiff, que fué guillotínada con su marido. Tomé á mi cargo la crianza de este niño desgraciado y á mi salida de París, le dejé al cuidado de algunos criados fieles de mi familia. A mi vuelta, supe que esas buenas gentes habian sido guillotínadas tambien y hallé al pobre muchacho, que al menos habia gozado de salud ántes, del todo descuidado, viviendo de la caridad de una familia extraña que lo recogió á la muerte de sus guardianes. Le traje á esta casa que alquilé bajo el nombre de ciudadano Orage y Toulan tomó á su cargo buscar médico que lo viera. Habeis venido á verle y ahora solo me resta rogaros le recibais en el hospital de Caridad.

—Le examinaré primero, á fin de manifestaros la causa de su dolencia.

Despues del exámen mas minucioso, durante el cual el paciente mostró completa apatía, el doctor llamó al lado de la cama á los dos caballeros que se habian retirado á la ventana.

—Marqués, dijo, no veo que haya remedio para este infeliz muchacho, y seria una digna

si terminasen prontamente sus males. No creo sin embargo, que tal suceda. Mi opinion es que vivirá un año mas, es decir, su cuerpo, porque su razon ántes tiene que desaparecer por completo. Padece de escrófulas, que le irán invalidando miembro tras miembro: ya está sordo, en breve será un pedazo de carne pútrida. Si fuese permitido sustituir la mano de la ciencia á la mano de Dios, diria que en conciencia debia matarse esta pobre criatura que no es hombre ni bestia, ni tiene otra cosa que esperar de la vida sino dolores y tormentos.

—¡Pobre, infeliz criatura! exclamó el marqués suspirando. Gracias doy á Dios que ahorré á mi hermana el dolor de ver á su hijo en semejante estado.

—Doctor Naudin, dijo entónces Toulan con solemnidad. ¿Estais firmemente convencido que el enfermo no recobrará la salud?

—Tal es mi firme conviccion. Casi no se necesita ser médico para predecir su muerte.

—Sois de parecer que este niño no tiene nada que perder en la vida y sí mucho que ganar en la muerte?

—Ya lo he dicho. Al paso que la muerte sería una bendiccion, la vida no sería mas que una carga para él y para los demas.

—Entónces, exclamó el supuesto Sannier con la solemnidad de ántes, voy á dar á este pobre muchacho enfermo mision mas elevada y justa. Haré que su vida aproveche á otros y que su muerte sea un holocausto. Marqués de Jarjayes, en nombre del rey Luis XVI, en el de la santa mártir Maria Antonieta, á la cual hemos jurado fidelidad hasta la muerte, os demando y deseo me entregéis esa desventurada criatura y pongais su vida en mis manos. En nombre de Maria Antonieta exijo del señor marqués de Jarjayes me entregue el hijo de su hermana, para que haga lo que cada uno de nosotros está preparado á hacer con gusto, si así lo exige nuestra sagrada causa, que dé su vida por su rey, Luis XVII, ahora preso.

Mientras Toulan decia estas palabras con la vehemencia de su carácter, Jarjayes, estuvo arrodillado junto á la cama del enfermo habiendo ocultado la cara en las manos, como en ferviente oracion.

—Me habeis hablado en nombre de la reina Maria Antonieta; dijo levantándose despues de una breve pausa y poniendo la mano derecha en la frente abrasada del enfermo. Me pedis, á mí que soy su tutor, esta pobre criatura, á fin de que dé su vida por su rey, si es necesario. Los hijos de mi casa siempre han estado listos para dar con gusto sus bienes, su felicidad y su vida en servicio de sus reyes, y hablo meramente en espíritu de mi hermana, que subió al cadalso para sellar con su sangre su fidelidad á la familia real, hablo en el espíritu de mis antepasados cuando os digo en contestacion, —ahí teneis el último vástago de la baronesa de Tardiff, ahí teneis al hijo de mi difunta hermana, tomadle, y que viva ó muera por su rey Luis XVII, preso en el Temple.

## CAPITULO XXVII.

### LA CONSULTA.

Durante la noche que se siguió á la segunda visita del doctor Naudin á Juana Maria, esta tuvo una larga conversacion con su marido. Al

principio el zapatero se incomodó tanto que amenazó á su mujer con el puño, ella le miró con calma y le dijo:

—¿Es que piensas vivir y morir en esta odiosa cárcel? Quieres pasar la vida encerrado como un criminal solo por la satisfaccion de matar á este muchacho estúpido á golpes?

—Si hubiera medio de salir de esta cueva, repuso Simon ablandándose; ya, veria en ello. Porque te digo en verdad que estoy cansado de la cárcel.

—Medio hay y hacedero, añadió su mujer, Escucha.

Y escuchando Simon fué tentado, poco mas ó ménos como nuestros primeros padres en el Paraíso. Poco á poco se le fué iluminando el semblante, hasta que acabó por persuadirse que era fácil soltar una carga ya demasiado pesada.

—Si tiene buen resultado, dijo, soy otro hombre y tú otra mujer.

—Si no tiene buen resultado, observó Juana Maria, lo peor que puede sucedernos es lo que ha sucedido á miles ántes que nosotros. Le daremos pasto á la máquina y nuestras cabezas van á parar á la canasta con esta diferencia, que no podré marcar el hecho en mis calceatas. Prefiero morir en la guillotina, que morir aquí de fastidio.

—Lo mismo digo yo, hija. Mas vale morir como hombre, que vivir como perro. Que venga tu médico mañana. Hablaremos.

En efecto, al dia siguiente bien temprano se presentó allí á visitar la señora Simon el con sabido doctor de capa larga y negra con su correspondiente peluca empolvada. Sin notar que el rostro que aparecia bajo esta era otro que el del dia anterior, los centinelas le dejaron pasar. Los comisarios de guardia se encontraron con el médico en la escalera y tampoco le hicieron caso. No conocian personalmente al director del hospital de Caridad, solo sabian que andaba en el traje en que le hemos pintado y que tenia permiso de la Comuna para visitar á la mujer Simon enferma.

—Hoy hallará dos pacientes allá arriba, doctor, le dijo uno de los comisarios. El chico Capeto está enfermo tambien actualmente. Podeis prescribirle. O está enfermo ó se ha obstinado en no responder pregunta que se le dirige, ni tomar alimento, desde ayer á medio dia. Exámínele, doctor, y denos parte por escrito de su opinion. Esperamos abajo en la sala de consultas. Despacho.

Siguieron adelante y el médico en realidad se apresuró á subir. En la puerta encontró á Simon.

—Oisteis, ciudadano? le preguntó. Abajo aguardan los comisarios.

—Sí, contestó el zapatero. Veo que no tenemos mucho tiempo que perder.

Entrado el médico, el último cerró la puerta y le pasó el cerrojo. La mujer Simon desde el lecho, miró al recién venido con extrañeza.

—¿Quién sois? le preguntó levantándose. No sois el doctor Naudin.

Sin contestar el desconocido siguió adelante hasta llegar á los bordes del lecho, y allí se inclinó y dijo al oído de la enferma, quien se habia dejado caer en la almohada:

—Soy el que viene á favorecer vuestra salida del Temple. Con este objeto y el de efectuar

la fuga del desventurado Capeto, me ha enviado aquí el doctor Naudin.

—Simon, dijo Juana Maria á su marido, aquí teneis al hombre que ha de librarnos de este infierno.

—Entendámonos, repuso el nuevo doctor con voz firme y penetrante, os libraré si me ayudais á librar al delfin.

—Mas bajo, por amor de Dios, dijo Simon desfavorido. Si nos oyen, estamos perdidos. Con tal de salir de esta cárcel, haremos lo que se exija de nosotros. Aquí estamos enterrados vivos.

—Ni ya puedo dormir en esta espantosa prision, dijo la Simon azorada. Qué pesadillas! No hay noche que esa horrible mujer, pálida con tamaños ojos fijos, no se pasee arriba y abajo del Temple, mirando por toda rendija á ver si sus hijos están vivos ó muertos, ó si nosotros los matamos ó no. Anoche nada ménos no se puso á escuchar á la puerta, sino que entró aquí, se acercó á mi cama y luego pasó al cuarto del chico Capeto. Simon dormia. Yo salté de la cama y fui á ver si estaba cerrada la puerta; porque me figuré que habia entrado alguien disfrazado, tal vez el ciudadano Toulan que ha tratado dos veces de libertar la Austria y sus hijos y á quien denuncié á la comision de salvacion pública. Allí, aunque estaba oscuro, vi al chico Capeto dormido en su colchon, con las manos cruzadas sobre el pecho, y junto á él, de rodillas, una figura de mujer, vestida de blanco. Despues de besar al niño dormido, la figura se volvió de repente para mí y me miró con ojos que me atravesaron el pecho como dos cuchillos. Reconoci aquella mirada: era la de Maria Antonieta, la misma que me echó en el cadalso. Con ella parece que me decia: Asesina! y yo me quedé paralizada.

En esto le acometieron convulsiones, perdió el conocimiento y se retorcia en el lecho, como una serpiente herida. Saco el doctor un frasquito y mojó las sienes de la paciente con el liquido que contenia, usando solo unas cuantas gotas.

—¿Son esas acaso del elixir famoso del doctor Naudin? preguntó Simon admirado, pues notó que al punto cesaron las convulsiones de su mujer y sus quejidos.

—Sí, contestó el desconocido. El eminente médico envia el frasquito de regalo á vuestra esposa. Cada gota de este elixir vale un Luis de oro; pero para que Juana Maria recobre la salud se le da gratis. ¿Qué tal?

—Muy bien ahora, contestó ella luego que el desconocido volvió á humedecerle las sienes. Me siento mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo.

—Dadme la mano. Levantaos que ya estais buena. Vamos á la alcoba del pobre muchacho, porque os quiero hablar allí.

Se dirigieron allá seguidos de Simon y entraron con tiento en el cuarto oscuro y silencioso. Tenia el chico los ojos abiertos y miró á los recién venidos, pero no manifestó sorpresa, temor, ni alegría, y cualquiera le habria tomado por muerto, si por los entreabiertos labios no se escapase su respiracion trabajosa y caliente.

Arrodillóse el médico junto al colchon y tomó y besó una de las manitas del enfermo.

Esto no lo hizo moverse, solo cerró los ojos y los labios.

—¿Veis doctor? dijo Simon en voz hueca. No oye ni ve. Hace una semana que no habla.

—Esto es, desde el dia en que tú quisiste que cantara la cancion de madama Veto.

—¿La cantó? preguntó el médico.

—¿Qué habia de cantar esa mula cerrera! replicó Simon. No valieron súplicas, promesas ni amenazas. Le castigué como merecia. No cantó y desde entónces no habla palabra. Parece sordo mudo.

—Pues no está lo uno ni lo otro, dijo el médico con gravedad. Como buen hijo no ha querido cantar la cancion en que se hace burla de su noble y desventurada madre. Ved esas lágrimas que salen de sus ojos. El nos ha oido, nos ha entendido y nos contesta del modo que veis. ¡Ah! sire, prosiguió con vehemencia, por la sagrada memoria de vuestros padres os juro lealtad hasta la muerte. Vengo á libertaros. Os descubro la verdad ante testigos. Caiga mi careta. Miradme, rey mio. El mas fiel de vuestros servidores está de rodillas á vuestro lado. Abrid los ojos, rey de Francia, y ved si me conocéis.

Diciendo esto se enderezó, se quitó la capa y la peluca, y apareció en el uniforme de oficial de la Guardia.

—¡Voto al Chápiro! exclamó Simon dando una carcajada. Pues.....

—Silencio! le interrumpió el supuesto médico. Dejad que él declare quién soy. Miradme, rey mio, desengañad á estas gentes que estais en vuestro entero juicio. Si me conocéis, pronunciad mi nombre.

—Bien decia yo, observó Simon puesto que el muchacho quedaba inmóvil y callado. Ese oye como el cañon de la esquina.

Siguióse un profundo silencio. Al cabo el muchacho alzó los pesados y enrojecidos párpados y echó en torno de sí una mirada tímida y recelosa, y luego la clavó en el rostro del hombre que le hablaba como no le hablaba nadie hacia mucho tiempo. Hubo una especie de vibracion en su semblante, un rayo de alegría iluminó sus ojos y al parecer se sonrieron sus labios temblorosos.

—¿Me conocéis?

El niño levantó una mano en señal de salutación y dijo en voz clara y distinta:

—Toulan! Fiel!

Este, pues no era otro el supuesto médico, volvió á caer de rodillas y á cubrir de lágrimas y de besos la mano del niño.

—Sí, Fiel, repitió él. Ese es el honroso título que me dió vuestra real madre. Sí, pobre, infeliz, hijo de reyes, soy Fiel, soy Toulan, con el cual tan á menudo reias en vuestra prision.

—Ella, mi querida mamá tambien se reia; dijo en voz baja el niño, cuyo rostro iluminó un rayo de luz.

—Es cierto, agregó Toulan. Desde el cielo nos via en su sonrisa y su bendiccion, porque sabe que Fiel va librar á su hijo de manos de los verdugos. Decidme, rey mio, mi amado señor, ¿confiareis en mí? me concedereis el privilegio de libraros? Consentis?

El niño echó una mirada recelosa ya á Simon, ya á su mujer y luego volvió el rostro hácia la pared.

—Sire, dijo Toulan en tono deprecatario.